SOLDADESCA Y PICARESCA

I

Caballeros de riesgo y ventura.

Las vitrinas de los libreros muestran en lujosa edición inglesa la Vida de Alonso de Contreras, como antes la de la monja Alférez, traducida por Fitsmaurice-Kelly, con abundantes notas. Seguirán acaso las relaciones de don Diego Duque de Estrada y don Alonso Enríquez de Guzmán. Esta desinteresada curiosidad por los caballeros de riesgo y ventura, que se manifiesta en ricas publicaciones, nos lleva a la definición de un tipo histórico.

Por cada diez personas que pretenden extraer jugos filosóficos de sus noticias, copiosas o escasas, acerca de la decadencia española en el siglo XVII, nueve hablan de las Indias, y las diez no vacilan en relacionar aquella ruina con el espíritu de aventura que se generalizó mediante la fascinación del oro americano. Según esa explicación, el aventurero español es el español que se embarca para buscar la fortuna prodigada por el Nuevo Mundo, olvidando que

> tendría las Indias en casa,
> si quisiera trabajar.

Navarro Ledesma, tan perspicaz frecuentemente, se abandona al prejuicio desclasificador del emigrante. En su libro sobre el autor del *Quijote,* cuenta cómo andaban Miguel de Cervantes y su hermano Rodrigo, los dos mozos de pocos años, arrimándose a las barbacanas del Guadalquivir y viendo allí «cargar soldados para Italia y aventureros para las Indias» (1).

Hay indudablemente en estas palabras un falso concepto del espíritu de aventura. Ese modo de entender, perdura por la singularísima

(1) *El ingenioso hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra, sucesos de su vida contados por Francisco Navarro Ledesma.* Hernando. Madrid, 1915. Pág. 46.

desatención a todo lo que está relacionado con los problemas históricos de la expansión, siempre juzgados de prisa y sin estudio, o por lo menos, sin la reflexión suficiente. El aventurero español no es por fuerza el español que pasa a las Indias, sino más bien el que se destina a Italia. Puede ir a las Indias, y aun se le encuentra con frecuencia en Santo Domingo, en Nueva España, en Panamá, en Lima y en Potosí; pero va de entrada por salida, y no bien halla ocasión, se reembarca y busca medios para una nueva emigración más acomodada a sus instintos de nómade, que se complican con un parasitismo exigente de civilizado. Tomará tal vez el camino de Flandes, aun cuando en Flandes, como en América, hay una especialización más apremiante de tipos que no corresponden al aventurero. El centro del genuino e inconfundible caballero de riesgo es Nápoles, y la ruta de sus merodeos alcanza al norte de Italia. Hace la escala principal en Roma. Ordinariamente, de Sicilia corre hasta las Cíclades, vuelve por el mar de Jonia, se detiene en Corfú, entra en el Adriático, y si no remata en Ragusa o Venecia, sigue hasta Budapest, Viena y Praga.

La confusión ha venido de no establecer fijamente la categoría del tipo psicológico y social. El aventurero puede tener una profesión, y aun muchas, o no tener ninguna; pero no es por necesidad soldado ni conquistador. Cristóbal de Mondragón, el más completo de los soldados españoles, carece de todos los rasgos distintivos del aventurero Hernán Cortés, el primero de los conquistadores, tampoco es un aventurero, aun cuando no haya existencia tan llena de lances legendarios. Cristóbal de Mondragón, soldado de pies a cabeza, es un tipo de coherencia y perfección: todo él se sintetiza en un profesionalismo apasionado. Hernán Cortés, nacido para la acción, como el soldado de Flandes, la orienta en un sentido diametralmente opuesto. Cortés va hacia la creación: es un constructor; es un fundador; es un estadista. Difiere de Mondrágon, y como éste, difiere del aventurereo, en el rasgo común, central, de la coherencia unificadora.

El aventurero don Diego Duque de Estrada ha sabido definir el tipo a que pertenece y que ilustra. ¿Cuál es su orientación? Ninguna. ¿Qué hace este hombre? Nada. Nada sino llevar una «acelerada vida, inquieta, fatigosa y desperdiciada». El singularísimo *Desengañado* señala los rasgos psicológicos del aventurero. Ante todo, el aventurero no es un haragán; es un activo, como el soldado y el conquistador. Pero un activo inquieto, desorientado: es un pródigo de ex-

traordinarias reservas vitales; es como un rico heredero que dilapida caudales enormes. Bien puede llegar hasta el genio, y sin embargo, no utiliza una sola partícula de sus cualidades. Bien puede haber hecho las cosas más extraordinarias, pero no saca de ellas el menor partido, ni para sí ni para otros.

Lope de Vega admiraba al aventurero Alonso de Contreras. Lo consideraba como uno de los grandes modelos de la humanidad. Lo comparaba a los héroes de Roma. Y Alonso de Contreras no hizo otra cosa que vivir una «acelerada vida, inquieta, fatigosa y desperdiciada».

Si alguien ha visto en esto con mirada analítica penetrante, es el cuentista norteamericano *O. Henry*. En *La puerta verde* encontramos una nota digna de atención: «La casta de los aventureros auténticos nunca ha sido numerosa. Veréis figurar en letras de molde los nombres de muchos individuos a quienes se nos presenta como aventureros; pero estos llamados aventureros no son sino hombres de negocios, inventores de nuevos métodos. Son hombres que se propusieron alcanzar ciertos fines, que codiciaban ciertas cosas: vellocinos de oro, santos griales, mujeres, riquezas, coronas, fama... El genuino aventurero es el que emprende una carrera sin llevar norte, sin formar cálculos, sin otro fin que el de encontrar un destino incógnito y celebrar esa conquista. ¿Queréis un hermoso ejemplo? Recordad el caso del hijo pródigo... cuando volvió al hogar.»

El aventurero busca la realización de lo imprevisible, con desinterés de artista y con emoción de poeta. Emplea íntegramente el tesoro de sus capacidades y de su vigor, sin otro propósito que el de llevar una vida a la plena realización del ideal estético. Si cuando ha vivido se le pregunta lo que ha hecho, responderá que hizo lo que se propuso: vivir sensualmente, acaso inteligentemente, agotando la emoción en todas sus posibilidades.

No se concibe la vida de un hombre de estos, dirigiendo obrajes en el Perú o exportando cochinilla de Oajaca. Las mismas campañas de Flandes, con sus ocasiones magníficas de lucha y rapiña, encerraban demasiado el espíritu vagabundo del aventurero. Lo encontraremos en América, como lo encontramos en Flandes; pero hay que repetir esto: la planta delicada, y digámoslo, la bella planta del vivir sin trabas, es más lozana en el risueño mediodía de Italia, que en América o en Flandes. Dentro de España hay más aventureros que en todos los dominios a donde alcanzan las armas y las flotas del rey.

El aventurero de los siglos XVI y XVII emigra menos de lo que se cree. Buscando bien, se le reconoce en el Compás de Sevilla, en la Almadraba de Zahara, en la playa de Sanlúcar, en los Percheles de Málaga, en la Rondilla de Granada, en la Olivera de Valencia, en las Ventillas de Toledo, en el Potro de Córdoba, en el Corrillo de Valladolid y en el Azoguejo de Segovia. Rufina, la *Garduña,* tiene más alma de aventuras que todos los encomenderos americanos, y bien pocos soldados de Flandes le llevarán la ventaja.

Hay que ver las diversas manifestaciones de la vida inquieta. Cuando nos cansemos de examinarla en España, Miguel de Castro nos conducirá a Nápoles; Alonso de Contreras nos piloteará por todas las costas del Mediterráneo; con Diego Galán veremos tierras africanas y viviremos cautivos; Cristóbal de Villalón será nuestro guía entre gente turquesca; el gordo ventero granadino, magistralmente retratado por Suárez de Figueroa en el *Pasajero,* nos dará a conocer lances graciosos del mediodía de Francia; Duque de Estrada nos mostrará cosas impensadas de Serbia, Hungría y Alemania; pasaremos días deliciosos en Bruselas, acompañados del truhán Estebanillo González; visitaremos el Oriente portugués con Domingo de Toral; don Alonso Enríquez de Guzmán logrará llevarnos a pie desde Italia hasta Colonia, nos exigirá que le acompañemos durante el sitio del Cuzco, y con él presenciaremos la sombría tragedia de Pizarros y Almagros; don Juan de Peralta nos contará mil mentiras de su estancia en Méjico; Juan Méndez Nieto nos dará noticias curiosas de mundo americano; la Monja Alférez será pródiga en maravillosas aventuras; seguiremos las peregrinaciones del *hermano* Bartolomé Lorenzo, narradas por la pluma sabia del Padre Acosta, y el *clérigo agradecido,* Pedro Ordóñez de Ceballos, tendrá mucho qne decirnos de lo que le aconteció desde su salida de Jaén hasta volver a la patria, conocedor como es de cuanto existe en Europa, Asia, Africa, América y Magallánica. Pero estos no son todos los aventureros, pues ya se dijo que los hay tan impetuosos, tan fecundos y gallardos en la estrecha zona que se extiende desde las aceñas del Tormes hasta las huertas del Turia, y que los descubriremos si sabemos ver con cuidado lo inmediato y próximo. Una exploración del mundo de las aventuras remotas, nos retrotrae al mundo encantado de la picaresca, con el que se une por estrechas vinculaciones.

La vida del gran aventurero es una bellísima condensación litera-

ria de fuerzas perdidas en acciones incoherentes, y la picaresca es un género más reflexivo pero no menos espontáneo, nacido de la ventura local y minúscula, aunque tan rica y fuerte como la aventura italiana o alemana, berberisca o flamenca, turquesca o indiana. A veces las dos corrientes van por el mismo cauce.

La vida de *Estebanillo González,* novela picaresca, es relación autobiográfica de aventurero. *Marcos de Obregón* encierra partes iguales de ambos géneros. Examinando las obras autobiográficas atribuídas a los aventureros de primera fila, no tenemos pruebas suficientes de su autenticidad irrebatible. Y aun suponiendo que efectivamente esas obras hayan sido escritas por quienes se dice que las firman, nadie podría negar el *rifacimento* literario. ¿En dónde consta que Duque de Estrada viviera todo lo que contiene su relación?

Siendo el aventurero un idealista, un creador de quimeras, un hombre que ama el arte por el arte, y que quiere sólo vivir, si no encuentra en su historia todo el contenido de belleza a que él aspira, la retoca con mentiras más o menos acentuadas, como el pintor de retratos que construye una fisonomía con proyecciones de lógica interna.

Exigirle a Alonso de Contreras, a Miguel de Castro o a Duque de Estrada la verdad íntegra, como al minucioso y concienzudo cronista Esteban de Garibay, equivaldría a lamentar que Goethe no nos dijera todo lo acontecido con la Carlota real del Goethe real. Eso excluiría el *Werther.* Si una vida es novelesca, no podemos pretender que lo sea por una aportación de datos demostrables ante la fe notarial.

Supuesta la añadidura, propia o ajena, en el abundante género autobiográfico de los aventureros, y supuesta la esencia de la realidad contenida en la relación picaresca, hay que buscar el elemento de identidad que confunde literariamente la soldadesca, profesión oficial del aventurero, y la picaresca, estado fluído del mismo aventurero cuando no tiene la fortuna de servir a Su Majestad.

II

El heroico antepasado

La vida del aventurero oscila entre el sentido caballeresco y el truhanesco. Su ansiedad perpetua no le permite fijar un rumbo persistente, pero aun en las desviaciones más degradantes, el resorte de la voluntad se mueve impulsado por el ideal guerrero. Hay en él un héroe, aun cuando sólo sea potencial.

Recuerda una figura que se ha estereotipado como representativa. El primero, y acaso el más grande que ha habido entre los aventureros famosos, cuyas vidas y memorias ocupan siglo y medio de la actividad literaria española, es aquel Diego García de Paredes mencionado por Cervantes en el capítulo del escrutinio.

—Hermano mío—dijo el cura—estos dos libros son mentirosos están llenos de disparates y devaneos, y este del Gran Capitán es historia verdadera, y tiene los hechos de Gonzalo Hernández de Córdoba, el cual por sus muchas y grandes hazañas, mereció ser llamado de todo el mundo el Gran Capitán, renombre famoso y claro, de él solo merecido: y este Diego García de Paredes fué un principal caballero, natural de la ciudad de Trujillo, en Extremudura, valentísimo soldado, y de tantas fuerzas naturales que detenía con un dedo una rueda de molino en la mitad de su furia, y puesto con un montante en la entrada de un puente, detuvo a todo un innumerable ejército que no pasase por ella, e hizo otras tales cosas, que si como él las cuenta y las escribe él de sí mismo, con la modestia de caballero y de cronista propio, las escribiera otro libre y desapasionado, pusieran en olvido las de los Héctores, Aquiles y Roldanes.

Cuando esto decía el cura, Diego García de Paredes era un personaje legendario. El novelista que ridiculizaba los libros de caballerías, no encontraba excesivas para su credulidad aquellas inverosímiles proezas del soldado extremeño. Poco importa que las ruedas de molino, hayan sido de Diego García o del capitán Céspedes, otro héroe fabuloso. Lo esencial es que Cervantes acepta las ruedas de molino y que, riéndose de las supersticiones muertas, levanta la fábrica de otro ciclo legendario. Como todos sus contemporáneos,

Cervantes cree en el Diego García de Paredes que la fantasía popular había creado, con una mezcla de historia idealizada y de novela anecdótica.

El Rey don Fernando y su nieto el Emperador figuraban entre los primeros panegiristas del soldado aventurero. Justamente en el día de su consagración, don Carlos quiso dar una prueba especial de admiración y gratitud a García de Paredes, «aprobando sus virtudes y señalando hechos con el testimonio de su alabanza». Había ya oficialmente un cartabón de elogios para García de Paredes, y la Cancillería Imperial no hizo sino reproducirlo, tomándolo de la de don Fernando, aunque añadiéndole nuevos rasgos. Después de enumerar puntualmente las hazañas del insigne capitán, así en España como en Italia, y de presentarle «tal en todas las batallas y rompimientos, que fué espanto y asombro de los enemigos, y amparo y defensa de los suyos», decía Carlos V: «Habiendo recibido hoy la diadema imperial de manos del Beatísimo Clemente VII, Pontífice Máximo, y celebrando el día solemne entre otros muchos varones principales en nobleza y virtud, estando presente célebre acompañamiento de príncipes, hombres principales y caballeros, hacemos a vos el dicho Diego García, caballero de espuela dorada...» Pero más que la orden, valía que el Emperador le hubiese declarado «sin segundo para ponerse a peligros», mencionando sus hechos en la Cherinola y Garellano, la muralla de Rubo, el castillo de Bisela, la acometida a San Germán, la escala de Rocadeandria, el socorro a Rocaseca, los encuentros de Nápoles, el Brenta y el Vaquión, las acciones de Padua y Verona, la de Navarra y la de Fuenterrabía. ¿De qué otro capitán podía hacerse una enumeración tan prolija y gloriosa? Sin embargo el Emperador no decía todo, ni podía decirlo. Callaba, por ejemplo, la vida que llevó García de Paredes siendo pirata en el Mediterráneo. Y la callaba, no porque hubiese deshonor en aquella piratería, sino porque fué un impulso de enojo contra el rey abuelo.

Cuando el Católico volvió a España después de la muerte de Felipe I, «escribió García de Paredes, que las recompensas eran limitadísimas o ningunas y que a los restituídos se restringía cuanto era posible en todo lo que sobrevenía alguna diferencia el beneficio de la restitución, porque cuanto menos a éstos se restituía, tanto menos se recompensaba a aquéllos, y todos se publicaban sus daños. Diego García los sentía más como mejor ganados, y aunque su ánimo jamás

se inclinó a codicia de otra cosa que de gloria adquirida por su valor, llegaba a juzgar este olvido de sus servicios por desagradecimiento a sus hazañas, con que encendido en justo sentimiento, determinó no depender de allí adelante de voluntades ajenas, ni esperar el premio de sus hazañas de quien las pudiese olvidar o pagarlas solamente con las alabanzas que nadie ignoraba, y así se hizo asimismo juez y remunerador de ellas. Para este efecto, armando suficientemente buen número de carabelas que habían sido de don Juan de la Nuze, y escogiendo algunos capitanes españoles, de cuyo valor había hecho con aprobación experiencia en las guerras pasadas, se metió en el mar Mediterráneo, y comenzó a infestar sus costas a ropa de todo navegante enemigo, con tan animosa determinación que vino a ser en pocos días espanto y sujeción del mar. Llevó tan adelante la felicidad de sus acometimientos, que pasando a Levante se enriqueció con muchas presas de grande consideración y dejó llena de glorias su noticia con nuevas hazañas. Culpaban algunos este ejercicio, pero los que conocían que su condición salía de su centro cuando no peleaba y que la paz de Italia tenía olvidado el uso de las armas, daban por provechoso su despecho, por el daño que los enemigos recibían de sus ordinarios combates, y disculpaban su ocupación» (1).

García de Paredes tiene todos los heroísmos: regular e irregular, marítimo y terrestre. Había uno, sin embargo, que ni por alusión remotísima podía hallar cabida en el diploma imperial. Nacido

> en Trujillo, ciudad de Extremadura
> producidora de hombres escogidos
> para la condición de Marte dura (2),

en esa Trujillo, patria de Hinojosa, de los Pizarros, de los Sotomayores y del capitán Mendo, Diego García se amaestró desde la infancia en todos los ejercicios que como hijo de un soldado, Sancho de Paredes, «hombre incansable en el guerrear, aunque de edad cansada», podían prepararlo a su futura carrera. La caza, los toros, el caballo, las armas y la natación eran su ocupación continua.

(1) Thomas Tamayo de Vargas; *Diego García de Paredes y Relación breve de su tiempo.* Madrid, por Luis Sánchez. 1621.

(2) *Austriada,* de Rufo. Pizarro y Orellana, en sus *Varones ilustres de Indias,* repite incesantemente el elogio de Trujillo, y su libro es casi la historia de los trujillanos en las Indias.

Hay un pasaje revelador en la obra que le dedicó Tamayo de Vargas, su conterráneo y admirador. «No cabía la anchura del corazón determinado de Diego García de Paredes dentro de los límites de su patria». Entiéndase por patria la ciudad. Pero bien pronto el corazón iba a ser más ancho que España, y la emigración debía extenderse a donde se extendían y dilataban las empresas españolas. Preocupábale y «solicitábale la imitación de sus pasados, que siempre tenía delante de los ojos, pretendiendo solamente serles inferior en el tiempo, no en las hazañas».

La primera que él acometió por su propia cuenta fué robar un caballo. ¿Podía salir a pie para ir a correr sus aventuras? «Llevaba para el camino un caballo que quitó por fuerza a Hernando Corajo, su sobrino, hijo de su hermana». Nótese que el robo es violento, no astuto, y que se hace dentro de la familia para no deshonrar el nombre.

Alcanzado el prófugo, si no queremos llamarle ladrón, hirió al perseguidor, Ruy Sánchez, y a tres de sus escuderos, en tanto que Alvaro de Paredes, hermano de Diego, se adelantaba por el camino, con el caballo. El rasgo es ya de alta picaresca y lo vemos en la *Varia fortuna del soldado Píndaro.*

Diego y Alvaro llegaron a Roma, «llevados más de los alientos de su ánimo que de los de su comodidad». Allí estaban Juan de Urbina, Juan de Vargas, Pizarro, Zamudio y Cristóbal de Villalba, sirviendo al Pontífice Alejandro. Allí estaba asimismo don Bernardino de Carvajal, ilustre prelado, cardenal de Santa Cruz, pariente de los Paredes. Pero la biografía oficial quiere que los Paredes no se presentaran a don Bernardino, pues se movían en otro plano. El cardenal era hombre de corte, y los sobrinos vivían necesariamente en aquel mundo español trasplantado de «pícaros y galopides de cocina, rufianes, alcahuetas y rameras, valentones de la hampa, soldados mercenarios y otra chusma por el estilo» (1).

Los compatriotas buscaron acomodo a los dos hermanos, y éstos se hicieron alabarderos del Papa. Pero siendo escasa la soldada se ayudaban emprendiendo de noche expediciones callejeras para imponer tributo a los enemigos franceses y obtener un subsidio de los

(1) Menéndez Pelayo: *Orígenes de la novela.* t. III. Nueva Biblioteca Clásica. Madrid, 1910. Pág. CXCIX.

amigos que necesitaban defensa. Nadie podía escandalizarse de aquellas «travesuras producidas sin duda por la libertad y valentía, pero en aquel tiempo excusables por su apretura».

Entreteníanse de día en el ejercicio de la barra. Las aptitudes que mostraban los alabarderos atraían la atención de la corte romana, y aun el Pontífice presenciaba los juegos. Un día, Diego García de Paredes, «ofendido por un romano, tomó la misma barra que éste acababa de soltar». El romano quiso hacer uso de la espada, pero Diego García dejó la suya, y acometiendo con la barra a su adversario y a los que le ayudaban, «dejó en el campo cinco muertos, diez heridos, muchos maltratados y a todos espantados de verle discurrir a fuer de rayo con valentía, por todo lo que le hacía resistencia».

Esta fué la «primera pública muestra de su esfuerzo», y le valió la privanza del cardenal, compatriota y deudo. El Pontífice le nombró capitán el 26 de enero de 1497. Tenía treinta años.

Después entró en campaña, pero a diferencia de otros capitanes,—y este es un rasgo destinado a la formación de la leyenda—, Diego García de Paredes no fué sólo el tipo de espada y rodela, temerario en rompimientos, iniciador de escalas, perpetuo asistente en las funciones de trincheras y contumaz duelista. Siendo todo esto, era además un hombre singularísimo, poseedor del don misterioso a que debió ocupar el sitio vacante de la muerta caballería. El nuevo héroe podía llamarse el Bayardo español; pero en atención a su vigor, los italianos generalmente le designaban como el Hércules de España, y entre sus compatriotas tenía el nombre de Sansón extremeño.

CARLOS PEREYRA.

(Continuará).